

FÁBULAS DE UNA ABUELA EXTRATERRESTRE

(FRAGMENTO)

DAÍNA CHAVIANO

El nacimiento de un libro siempre es un misterio, incluso para el propio autor. ¿De dónde sueña surgir el primer rayo o la primera luz de una historia? ¿Quién sabe? A menudo, en ese proceso suelen intervenir varios factores, conscientes e inconscientes. *Fábulas de una abuela extraterrestre* no nació de una vez, sino que requirió de varios partos simultáneos. Lo primero fue el título. No puedo recordar el momento ni la circunstancia donde me encontraba cuando brotó de mi cabeza. Pero allí apareció, y me dije: “Me encantaría hacer una novela sobre una abuela extraterrestre”. Y comencé a escribir lo que sería el primer capítulo, hasta que la abuela comienza a contar una historia. Entonces me quedé sin saber cómo seguir. Aquello quedó durmiendo durante varios meses hasta que un día en que me encontraba sola en mi cuarto, en una de esas ensoñaciones de adolescencia, vi la imagen de una doncella que corría enloquecidamente a caballo en medio de un bosque, huyendo de un grupo de hombres, mientras las ramas de los árboles a su paso destrozaban su vaporoso vestido. Comencé a escribir aquella escena y, de pronto, me detuve porque me di cuenta de que aquella era la historia que la abuela extraterrestre le estaba contando a su nieto. Eso fue el inicio del segundo capítulo. A partir de ahí, comenzó la novela.

Varias cosas se fueron sumando después. El personaje de Ana, la estudiante que vive obsesionada con escribir y que no acaba de adaptarse al entorno donde vive, tiene mucho de mí en aquella época. También tenía yo una amiga con la que compartía esos extraños experimentos que aparecen descritos en la novela. Incluso en la novela incorporé fragmentos de esos experimentos de escritura automática. Sin embargo, todos esos rollos amorosos son pura ficción.

Una anécdota que no recuerdo haber contado nunca es que el capítulo 33, donde aparecen todas las conversaciones y comentarios de los estudiantes cubanos en un aula, es completamente real. Cuando teníamos clases de química inorgánica, yo me aburría soberanamente. Un amigo y yo nos turnábamos para tomar las notas de clases. Mientras uno de los dos atendía a clases, para explicarle al otro después, el que quedaba libre copiaba, como si fuera una grabadora, todos los comentarios que hacían los alumnos. Después los leíamos fuera de clases, en voz alta, y nos reíamos como locos. En el aula no sonaban tan disparatados, pero cuando los leíamos después aquello parecía un manicomio. Lamento haber perdido todas aquellas “grabaciones” escritas. Lo único que conservo está en ese capítulo 33.

Pero la novela requirió, más que nada, de una gran elaboración. Me senté durante meses a pensar en la estructura y en las sub-tramas que debían ir entrelazándose sin dejar resquicio alguno. Narrar tres historias independientes que ocurren en mundos paralelos, con personajes totalmente disímiles (algunos de los cuales pertenecen a otra civilización), necesita de algo más que pura inspiración. Hubo mucho trabajo consciente para que todas las piezas pudieran encajar perfectamente y no dejar hilos sueltos. Esa experiencia marcó mi manera posterior de enfrentar una novela, en la que suelo usar esquemas, notas, y escribir una especie de esqueleto de todo lo que ocurrirá después.

Arlena bajó del caballo y le dio un fuerte manotazo a la grupa. La bestia emprendió un galope desenfrenado hacia el interior del bosque, y ella se ocultó en la maleza. Los sacerdotes pasaron poco después, azuzando sus corceles con salvajes gritos.

«¡Estoy viva!», se dijo, y esa certeza le pareció el más grande milagro de Rybel.

Con enorme dificultad emprendió la marcha a través del bosque. La túnica azul se enredaba a cada momento entre los arbustos, mientras la claridad disminuía con rapidez. No tuvo que avanzar mucho para descubrir que se había perdido. Los gritos de sus perseguidores, y sus propias espuelas, habían lanzado al caballo a una carrera enloquecida que no respetó vallas, fosos o aisladas señalizaciones. Una hora de huida bastó para llevarla a parajes de los cuales poco o nada sabía. Vagamente intuyó la cercanía del lago Azzel. Si eso era cierto, no tardaría en encontrar las Grutas Blancas.

Su respiración se hizo más seca; los muslos le dolían y una opresión molesta nació en su pecho. Estaba sola y tenía miedo. Por un instante, consideró la posibilidad de detenerse a consultar su futuro; sería cuestión de media hora. Era preferible conocer lo por venir —aunque ello significara ver su propia muerte— que pasar las noches en vela, imaginando probables peligros o interminables torturas. A pesar de todo, continuó la marcha.

«Más tarde», se tranquilizó a sí misma. «Lo haré más tarde.»

El bosque semejava un espectro sombrío. La niebla, que durante el día flotaba sobre la copa de los árboles, descendía por las noches para añadir nuevos miedos a la temible úlcera de la oscuridad. Mil yerbas fosforescentes crecían al pie de los arbustos, aunque apenas iluminaban el suelo para evitar que ella tropezara con alguna raíz o cayera en una trampa.

Avanzó con paso y corazón inquietos.

Poco a poco, los habituales ruidos de la tarde daban paso al mutismo de la noche. Los animales se apresuraban a sumergirse en estanques, enroscarse en hoyos, esconderse en cuevas y refugiarse en nidos, antes de que Agoy se ocultara tras los montes; incluso las bestias más peligrosas abandonaban a sus víctimas —que escapaban gozosas de vida— por el seguro sustento de un refugio.

La noche en el bosque era horrenda porque existían los sacerdotes. Nadie en su sano juicio se hubiera atrevido a continuar actividad alguna durante las horas en que la magia se transformaba en sombras. Sin embargo, Arlena lo había hecho y ahora estaba condenada a muerte.

Gimió. Una espina había rasgado sus ropas hasta cortarle un tobillo. Tanteó la herida con dedos temerosos: la viscosidad de su piel le indicó que sangraba sin pudor. No llevaba consigo yerba alguna; tampoco vendajes o ungüentos. La sangre fluyó lenta, pero constante.

«Nadie puede ayudarme...». Y, extrañamente, ese pensamiento le dio fuerzas.

De un tirón rasgó el vestido y amarró una improvisada venda en torno al pie. Con maña profesional, aseguró la tela y palpó la piel que rodeaba la herida para asegurarse de que tenía la presión adecuada. Enseguida echó a andar con nuevo brío. Debía apresurarse. Necesitaba encontrar una cueva antes de que la noche se mezclara con la niebla. Las aves y algunas fieras menores lanzaban al viento sus postreros chillidos. Apenas quedaba luz, y las plantas más frondosas se apresuraban a beber los últimos retoños del sol.

El terreno se iba haciendo cada vez más accidentado. Por esa razón comprendió que las Grutas Blancas no estaban lejos. Su corazón empezó a saltar, doblemente impulsado por el esfuerzo y el temor. Cierta instinto, surgido apenas abandonó su caballo, la había perseguido

durante todo el trayecto hasta convertirse en un sentimiento punzante. Lanzó sus pre-sentidos en todas direcciones, explorando el sitio donde se encontraba, pero no percibió nada. Y sin embargo, la sensación persistía: desde algún lugar, alguien la observaba.

Sabía que era estúpido. Tenía que estar equivocada, aunque su intuición continuara lanzando llamadas de alarma. De nuevo registró la maleza palmo a palmo. Buscó incluso entre las ramas que la niebla comenzaba a engullir; también palpó posibles túneles en el suelo... Nada. Estaba tan sola en aquel bosque como se encontraba desde hacía dos años en Rybel.

El dolor se aferraba a su tobillo; su aliento se convirtió en un vapor que desaparecía de inmediato, temeroso de las tinieblas. Arlena vaciló entre detenerse o continuar... Entonces la vio: una gruta amplia y oscura. Muchas grutas lo son, pero aquella cobijaba una oscuridad peculiar: espesa y asfixiante, hiriente y absoluta. Ayudada por la escasa claridad, recolectó varios tallos sin dejar de tantear con sus pre-sentidos el interior de la cueva. Era cálida y segura.

La noche arrojó sobre ella su último velo. Penetró hasta el fondo de la caverna antes de abandonar su carga en el suelo. A ciegas, ordenó los leños alrededor de un eje imaginario. En sus bolsillos buscó aquel objeto que robara a los sacerdotes y, con sumo cuidado, palpó su superficie hasta localizar los resortes. Mientras manipulaba la Piedra del Pasado, musitó las frases del ceremonial:

*Estoy sola: yo y el universo.
El universo es un cosmos
que contiene otros paisajes,
mas yo estoy sola en mi universo.
Y toda su energía es mía
porque YO SOY EL UNIVERSO...*

Ante sus ojos abiertos, aferrados a la oscuridad, flotaron siluetas amorfas:

*... Los seres nacen y mueren;
los mundos crecen y se destruyen;
mas yo soy el universo:
la materia es mi cuerpo,
la energía son mis emociones.
Ahora estoy al borde del grito
y la Fuerza se desprende de mí
como una lágrima del párpado muerto.
Soy materia y energía.
Destruyo y quemo con el calor de mis venas;
creo y nutro con mi alegría...*

Algunas fosforescencias se amontonaron en torno al cráneo de la mujer.

*... Estoy triste y lloro.
Grito la energía de mis penas.
Brotan la energía de mis poros.
Brotan y giran sobre mi cabeza.
Soy Arlena: dueña de mis sentidos.
Soy la fuente para calentar mi propio cuerpo.*

*Doy la Fuerza que luego regresará a mí
pues los seres mueren y los mundos se destruyen;
pero la energía no desaparece...*

Las chispas brotaron de ninguna parte; surgieron de las tupidas tinieblas y saltaron desde el aire sobre el improvisado círculo de tallos secos.

*... Soy amor y calor.
Fuerza naciendo de mi fuerza
para donar fuerzas al mundo.
Soy Arlena:
soporto como un útero masculino
y fecundo como el semen femenino.
Soy LUZ y FUEGO y CENIZAS.
Soy la fuente de mi propia energía.*

La atmósfera vomitó otro manojito de chispas que cayó en espiral sobre los leños reunidos. Al principio las llamas brotaron indecisas; luego, poderosas. Había terminado el ritual del fuego.

Guardó el objeto que aún sostenía en las manos. Después abrazó sus piernas y descansó el mentón sobre las rodillas. El silencio era tan absoluto que apenas resultaba soportable.

La memoria de la muchacha musitó amadas imágenes de seres vivos y felices. Su infancia y adolescencia pertenecían a otra mujer que nada tenía que ver con ella. De pronto sintió un odio inmenso por todo aquel mundo, y deseó estar muerta... Entonces recordó a los sacerdotes.

«Les mostraré que mi inteligencia vale más que toda su magia. Tuerg no obtendrá nada de mí; mucho menos mi ayuda para llegar hasta el Espejo del Futuro.» Acarició el objeto que guardaba en su túnica: la Piedra del Pasado. «Y debo engañar a los habitantes del valle. De otro modo, jamás me dejarán llegar hasta el Espejo... ¡Oh! ¡Qué cansada estoy!»

Recordó cada uno de los incidentes ocurridos desde su llegada a Rybel: las fatigas para salir del selvático continente meridional, el viaje transoceánico a través de Mar Uno, la batalla de los monstruos marinos, el ataque de los xixi, sus meses de prisión en Jarvol y los otros meses de esclavitud hasta que Ciso la descubriera en la cocina de su palacio... Casi escuchó su voz. Ciso: la única sonrisa amorosa que había encontrado en Rybel.

Frente a ella, las llamas crepitaban ardorosas; y un viento penetró en la gruta para robar calor a la hoguera sobre la cual comenzaron a caer, una a una, las lágrimas de Arlena.